

en ese homérico episodio. Madame Roland odiaba á Danton ; odiábalo por su fealdad, por la grosería de su lenguaje, por el cinismo de su carácter, y subyugada en cuanto tenia de femenino por tan profunda antipatía, no reconoció jamás lo que hubo de grande, de previsor, de verdadero político en Danton. Ocurieron las espantosas matanzas en las cárceles durante tres dias funestos del mes de Setiembre, matanzas consentidas y disculpadas por Danton, y trocóse en verdadero frenesí el odio, la repugnancia que inspiraba. En balde tendió Danton más de una vez su mano á los Girondinos proponiendo acallar mútuos resentimientos, sacrificarlos en aras de la patria por todas partes amenazada y al borde de la ruina. Aquellos hombres honrados de la Gironda, inspirados por aquella casta é inflexible mujer, no querian, no podian perdonar crímenes tan horrendos, rechazaron indignados la mano cubierta de sangre y de lodo que les ofrecian, y apartaron los ojos de la frente lívida del tribuno.

Ahondáronse las disensiones, aumentó la anarquía, cegó el furor á muchos y un vértigo se apoderó de todos. Fueron dias de inmensa angustia ; pero al cabo de terribles acometidas la faccion más exaltada triunfó. Los Girondinos se sintieron desbordados y perdidos. Unos se dirigieron á las provincias esperando locamente levantar el país contra la tiranía de lo que era ya el Terror organizado. Entre éstos salió

Buzot. Otros aguardaron desesperados en Paris el desenlace fatal. Roland huyó. Madame Roland, que no debía volver á ver jamás ni á su marido, ni á su amante, ni á sus amigos políticos, penetró radiante y altiva en la prision.

Fué el surgir de una aurora en la noche de la cárcel. Contenta, risueña con sus compañeros de infortunio, amable con los instrumentos secundarios de su tortura, se instaló en su calabozo como en soberbia mansion, y se dedicó á escribir las páginas inmortales que el mundo lee hoy con arrobamiento. Sabia que su marido estaba seguro en el refugio que habia buscado, que su hija se encontraba en manos de confianza, y sintió con íntimo, inefable regocijo que, aprisionada, separada del mundo y de los suyos para siempre, sin más horizonte que la muerte, podia por fin consagrar á su amor toda su alma, descubrir y acariciar el misterio que escondia su corazon. Ahí le fué permitido aflojar un tanto los resortes demasiado apretados de su espíritu, deponer las armas que habia vestido sin descanso en los dos años pasados en la arena política, y dar rienda suelta á las efusiones de su alma. Delante de los demás sonreia constantemente ; sola en su celda derramaba lágrimas abundantes, consoladoras, primer bálsamo que caia sobre las heridas del combate.

Ahí escribió esas cuatro cartas de que he hablado, últimamente descubiertas, monumento único en su

género. Yo, que no admiro excesivamente las cartas célebres de Eloisa, ni en la prosa original latina, ni en la paráfrasis en verso del poeta inglés, no he leído éstas una sola vez sin profunda emoción. Alcanzan una altura maravillosa; no de otra manera las hubiera escrito una Romana, Porcia ó la mujer de Caton, si una ú otra hubiesen vivido en edad moderna. Corneille no pone en boca de sus heroínas acentos de mayor elocuencia y elevación.

Buzot recorría las provincias tratando de levantarlas para volar á París á la cabeza de un ejército y salvar de la prision y de la muerte á la mujer amada. Esta en tanto le pedía que pensase en la patria ántes que en ella, diciendo: «Lo único que temo es que por mí te comprometas en imprudentes tentativas; salva el país y yo espiraré satisfecha. Poco me importan muerte, tormentos ó dolor, todo lo puedo afrontar; no tengas cuidado, llegaré hasta mi hora última sin haber malgastado un solo instante en indignas agitaciones.»

Pero hay un hermosísimo pensamiento, que en diversas formas repite en más de una carta, que revela una situación patética y sublime, como pocas veces la habrá sentido más elevada, aún en situación parecida, el alma humana. En la soledad de su prision puede consagrarse enteramente, por primera vez quizás, al hombre en quien adora; no olvida á su esposo

fugitivo, sin embargo, que es la encarnación de su deber, y se prepara también á defenderlo en el proceso que van á intentarle, de una manera «que sea útil á su gloria,» pagándole así «la indemnización» que cree deberle por sus sufrimientos. Y agrega: «¿Pero no comprendes tú que por lo mismo que me hallo sola es contigo con quien estoy? El cautiverio me permite sacrificarme por mi esposo y conservarme para mi amigo. Gracias á mis verdugos, conciliados están mis deberes y mi amor. No me tengas lástima por tanto. Todos admiran mi valor; por fortuna ignoran mis alegrías.»

Así, ni aún siquiera sueña en huir de la prision. El peligro no la asusta, todos los afrontaría si se tratase de volar al lado de su amigo; pero al salir de allí sería otra vez esposa, madre, esclava sin posible redención. «¡Abandonar estas cadenas que me impone la persecución de los malvados y que me honran, para ir á cargar esas otras que siempre he arrastrado, que nadie ve y de que no puedo librarme, ah! nó, nó, mejor quedarme aquí.»

Idea indudablemente grandiosa y original! Es el sentimiento que la llena y la consuela. Vive en una celda bastante grande para permitir una silla al lado de la cama; pasa los días leyendo, escribiendo, dibujando, y se siente casi feliz. Hay un momento en que nada le falta. Por una especie de superstición no ha-

bia querido llevar á la cárcel lo que llama *this dear picture*, un medallon con el retrato de su amigo; pero luego no puede seguir privada « de esa dulce imagen, débil y preciosa compensacion de la ausencia del sér amado. La guardo sobre mi corazón, oculta á los ojos de todos, sentida en cada uno de los instantes, á menudo bañada con mis lágrimas. »

No se cansa de comparar su situación, la libertad moral de que goza en la cárcel, con su vida anterior en que santas obligaciones la oprimian, « y despedaban su débil corazón. Estoy (dice) donde el destino lo ha ordenado; puedo servir á la gloria del hombre á cuyo suerte me quiso ligar, y mi cariño obtiene la libertad de abrirse en silencio y depositarse en tu seno. Bendigamos, pues, amigo mio, bendigamos á la Providencia. »

Mucho más quisiera citar, pero me llevaria demasiado lejos, y casi me he reducido á buscar en estos documentos, y traducir, la expresion del mismo sentimiento. Empero lo que he leído basta para justificar mi elogio. Patriotismo inextinguible, amor ardiente, culto de la virtud, cumplimiento estricto del deber, los rasgos fundamentales del carácter de esa mujer extraordinaria poderosamente resaltan en esas cuatro magníficas cartas, escritas en un estilo grandioso que sube sin esfuerzo al nivel de la trágica situación de donde nacieron.

Tenia sobrada razón para desesperar. La catástrofe era inevitable. La Revolución seguía su impulso al través del desorden, el crimen y la guerra á muerte; y no era dado contenerla á unos cuantos diputados de ánimo heroico perdidos, como átomos en la inmensidad, en medio de la demencia universal. Todo fracasó, y el intento frustrado precipitó la ruina de los demás. Los veinte y un Girondinos prisioneros en París se encaminaron al cadalso entonando el himno revolucionario, formando aquel coro final, al pié de la guillotina, que se oye tan bien en la magnífica descripción de Michelet; sublime, fantástico, inaudito, acompañado por el ruido sordo de la cuchilla cayendo á intervalos iguales y apagando cada vez una de las voces, hasta extinguirse y sumirse la última en el silencio de la muerte.

Al llegar el rumor de ese atentado á los oídos de Madame Roland, resolvió poner término á su existencia. El suicidio, dígame lo que se quiera, será siempre el gran recurso de los grandes caracteres al sentirse irremediabilmente derrotados. Sentóse tranquilamente á escribir su despedida; y el manuscrito, que se conserva, declara que no temblaba su mano al trazar el adiós supremo, en que dice á su esposo que muere porque sabe que no puede ya ayudarlo á sufrir sus desgracias, y que no pierde en ella más que una sombra, objeto inútil de desgarradora inquietud; en que lega orgullosa á su hija Eudora su nombre y su ejem-

plo; en que á todos pide perdon, y se dirige á otro, en fin, en estos términos: « Y tú, cuyo nombre no me atrevo á pronunciar, tú á quien un dia comprenderán mejor los que conozcan y lamenten nuestro infortunio comun, tú que subyugado por la más terrible de las pasiones supiste sin embargo respetar los límites de la virtud, ¿ me perdonarás si acudo primero á los lugares donde podremos amarnos y vivir unidos sin delito? Ahí callan las preocupaciones funestas, las exclusiones arbitrarias, las pasiones rencorosas, la tiranía de toda especie. Ahí voy á aguardarte y descansar. Tú, vive aún, si puedes hacerlo con honor. Mas si el infortunio tenaz te conduce á poder del enemigo, no permitas que mano mercenaria se alce contra tí, muere, y muere libre como supiste vivir. »

Pidió el tósigo á un amigo leal, pero éste le recordó cuánto más digno de ella seria morir á la luz del dia, á manos del verdugo, dejando á la patria y á la libertad testimonio inmortal de su indómita energía. Esa voz despertó en su gran corazon un eco que pasajera-mente dormia. Siguió el consejo, y desistió de su propósito.

El dia en que fué llamada á comparecer ante el inexorable Tribunal, donde ni aún le permitieron defenderse, y de cuyo recinto debia marchar directamente al cadalso, salió de su calabozo más risueña y animada que nunca. Vestida de blanco, con un ceñi-

dor de terciopelo negro, sus magníficos cabellos oscuros cayendo en ondas hasta la cintura, fué recibida con viva y tierna simpatía por todos sus compañeros de prision, hombres y mujeres, adversarios políticos y criminales vulgares. Con una mano sujetaba la orla de su vestido y abandonaba la otra á una multitud que la besaba llorando. Un testigo presencial declara que eran encantadores en ese instante los colores de su rostro y la sonrisa de sus labios. A todos contestaba afectuosamente sin decir que iba á la muerte. Pero todos lo sabian. Ante el Tribunal, puesto que le impedian hablar, no quiso defensa de abogado, y se redujo á exclamar ante sus jueces: « Os doy las gracias por juzgarme digna de la misma suerte de los grandes hombres que habeis asesinado; yo trataré de ir al cadalso con el mismo valor con que ellos fueron. »

De pié sobre el carro fatal, en una tarde del mes de Noviembre, recorrió el largo trayecto desde la Conserjería hasta la plaza de las ejecuciones, consolando y sosteniendo á un hombre débil que iba con ella, condenado al mismo suplicio y que tenia miedo de morir. La hicieron pasar por delante de la casa á orillas del Sena donde habia nacido y pasado su infancia y su juventud, donde habia perdido á su santa y cariñosa madre, y sus ojos no se nublaron. Reconoció un amigo entre la multitud que seguia ó aguardaba la fúnebre procesion, y una sonrisa imperceptible para los

demás fué su único saludo. Al llegar al término del viaje, cedió el turno á su compañero diciendo: «Subid primero, no tendríais fuerzas para verme morir.» Y al verdugo que se resistía á intervertir el orden de la ejecucion: «No desairaréis la última súplica de una mujer!» Mientras moría su compañero, y paseaba su última mirada por el cielo y por la tierra, se fijaron sus ojos en una estatua colosal de la Libertad que ocupaba el centro de la plaza, á pocos pasos de la guillotina, y pronunció su última palabra: «O Libertad, cómo te han escarnecido!» ó, según algunos, éstas otras: «O Libertad! cuánto crimen cometido en tu nombre!»

¿Conoceis otra escena que en sublimidad pueda comparársele? Cayó como debía caer la mujer más grande de la historia.

Sus funerales también fueron terribles y dignos de ella. Roland, al saber su muerte, se atravesó con una espada, como Caton al saber la muerte de la libertad romana. Buzot, que estaba más lejos, poco después murió del mismo modo.

Hasta el último minuto quiso el destino marcar fuertemente la superioridad de la mujer respecto de los dos hombres que ocuparon y llenaron su existencia. Ella sucumbió en elevado teatro, bajo el hacha del verdugo, en medio de los gritos y denuestos de un populacho feroz, desempeñando su difícil y grandioso

papel con estupenda energía, mientras ellos perecían oscuramente, solos y apartados, sin la pompa del sacrificio, sin el consuelo de erigir la protesta de su valor en frente de la iniquidad de la sentencia.

Musa por su genio, heroína por su carácter, mujer por sus sufrimientos; vencida en la vida política, herida á muerte en pleno corazón en su vida privada, triunfante sólo por sus talentos y sus escritos inmortales; mártir de una causa santa que la arrastró á la tumba después de haberla forzado á vivir en medio de relámpagos y tempestades desencadenadas, tempestades sin embargo que fueron menos violentas y terribles que las que rugieron dentro de su propio pecho; luchando á brazo partido contra un régimen odioso, á cuya extincion contribuyó, pero sin el consuelo de vislumbrar siquiera los albores del régimen nuevo que había de sucederle,—su existencia en conjunto recuerda la de uno de esos seres en que creyeron los antiguos, cuya fortaleza inspiraba envidia á los mismos Dioses, y que sólo el rayo de la Divinidad era capaz de pos-trar y destruir.